

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EN LAS CIUDADES

TELEFONEMAS TEATRALES

¿DESDE que existe el teléfono público, a qué vamos al teatro? En todos los lugares de la ciudad, donde encontramos el aparato que mediante pocos centavos nos permite ponernos en comunicación con cualquier sector urbano, hay la posibilidad de asistir a un sainete, a una comedia, alta comedia o al más terrible de los dramas.

En el teatro, en el cine, en el radioteatro, en el teatro televisado, el que asiste, oye o ve, poco tiene que agregar al espectáculo. En cambio, en el teatro por teléfono, como el espectador no escucha la mitad del diálogo, que sólo oye el que tiene el auricular en la oreja, debe imaginárselo, y esto ya proporciona un cierto gusto y permite un ejercicio intelectual bastante entretenido.

Si se trata de un sainete, generalmente se habla de las criadas, no es difícil suponer que la persona que habla, y a la que no escuchamos, está diciendo que se le ha ido la cocinera, que la ha dejado con la puerta en las narices, precisamente esa noche, noche en que venían invitados a comer a casa. La persona a la que vemos, mientras oye, cambia de posturas, juega el dedo en cualquier artefacto, y las posturas coinciden a las de

la sirvienta que se marcha con la música a otra parte, porque según se oye decir, era una sirvienta que cantaba boleros o tarareaba todo el día la música de moda. Exclamaciones, risitas, gestos de enfado, y de vez en cuando un taconazo en el suelo.

Las comedias son siempre de índole amorosa, sentimental, entre novios. Si es ella la que habla y a la que vemos, jugará su mano por la cabellera, haciendo tintinear sus pulseras; alargaré el cuello, largos suspensos, y se revolverá toda, coqueta y encantadora, al devolver con interés de beso, un cuchicheo, una confidencia, eso que no se dice y se dice por teléfono.

Si es él, el de la comedia, al que vemos actuar en el teléfono público, carraspeará sus reclamos, al principio, jugará con los ojos alrededor de una imagen que sienta cerca y no puede aprisionar, sin embargo, y poco a poco, convencido de que ella le está diciendo la verdad, se irá conformando con su suerte, siempre que ella le jure no faltar otra vez a la cita.

Se abre por último el capítulo del telefonodrama. Aquí la cosa va en serio. Y nadie puede prever en qué momento de la conversación, que lleva tono suave, se convierte en un huraca-

nado y violento diálogo en que menudean palabras gruesas, calificativos amargos. El aparato sufre entonces los más terribles impactos de eso que sale por la boca, y que se llama saliva. Al mismo tiempo, el que habla, o la que habla, tiende a tomar el instrumento de sus desahogos como una tribuna, y le da de goipes, con la palma de la mano o con el puño.

Menudean gritos, momentos de verdadera asfixia, en el que se queda sin aire, escuchando los improperios —no puede ser otra cosa a juzgar por su rostro amarotado y sus cabellos en desorden— que la contraparte le dirige. Pero al que habla no le basta con su contendiente, sino que vuelve a los que tienen cerca, alguno de todos o todos esperan al teléfono, y se queja con ellos, o les increpa, por no dejarlos a solas.

En las ciudades, el teatro anda en la calle, y donde hay teléfono público hay espectáculo, desde el sainete hasta el telefonodrama.

Miguel Angel ASTURIAS
premio Nobel

SOCIOLOGIA DE LA POLEMICA

MANERAS DE DISCUTIR

«DE la discusión sale la luz», dice el dicho. Yo no iría tan lejos en la esperanza, desde luego. Eso de «la luz» me parece demasiado ambicioso, teniendo en cuenta el alcance metafórico que, al fin y al cabo, adquiere en la frase proverbial. Pero hay que discutir: nos pasamos la vida haciéndolo. Mala señal sería, si no. Sólo los muertos no discuten, por supuesto.

Lo de menos es el tono que se adopte, e incluso la materia que sirva de tema. Hay discusiones agrias, casi al borde de la reyerta, acaloradas, y las hay tan suaves y protocolarias que ni siquiera parecen discusión de verdad; y pueden ir desde los más empetetados principios de doctrina hasta un regateo de céntimos, un desplante familiar o una jugada de fútbol. Conversar, ya, de entrada, es discutir. Las excepciones serían mínimas: algunos momentos bobos de los enamorados, la práctica de la lisonja, el diálogo de sordos. «Discúteme y seremos dos», escribió alguien. En efecto: donde «dos» se encuentran —un «yo» y un «tú»— la discusión se establece. Que de ella salga poca o mucha «luz», ya es otra historia.

De hecho, todas las sociedades fijan un determinado cupo de asuntos, a los que, por definición, considera «indiscutibles». A través de los códigos, de las censuras o del virtuoso aspaviento del escándalo convencional, se sanciona cualquier veleidad «discutidora» en torno a ellos. Existe como una especie de miedo a que, si se ponen a debate, vacilarán los cimientos mismos de la convivencia colectiva. Puede que los que así opinan estén en lo cierto, y que para que una «convivencia» perdure —sea del color que sea, roja, blanca, azul, parda— resulte imprescindible asegurar la invulnerabilidad de sus tabús. Este problema va ligado, y muy estrechamente, al de la libertad. En nuestra época, se advierte una tendencia general a yugular un importante sector de «discusiones». En todas partes. Aparte los viejos procedimientos de inti-

midación, prosperan otros, acaso superiores en eficacia, que fomentan el gregarismo y la parálisis mental. Los llamados «mass media» juegan mucho en la maniobra. Ya ocurría así en tiempos del «Babbitt» de Sinclair Lewis —esta novela, ignominiosamente olvidada, contiene unas páginas sarcásticas, espléndidas, que registran el fenómeno—, y entonces todavía no funcionaba la televisión...

Y la verdad es que la operación de «discutir» —polémica enérgica o afable intercambio de «puntos de vista»— nunca se desenvuelve con un mínimo de «honradez». Acostumbrados a engañarnos con nuestras propias ilusiones, pensamos eso: que la «discusión» puede aprovechar para sacar algo en limpio. El contraste con la opinión ajena, un aumento de datos, una reflexión imprevista, llevarían a corregir el «prejuicio» inicial. Sería «la luz». Esta es la confianza que aparentemente predomina cuando lo que se discute no es dinero, malestar doméstico o anécdotas —¡ay!— deportivas. Las «ideas», los «planteamientos políticos», y demás nociones aparatosas, permitirían ser traídas a un terreno de controversia leal. Pero no. Nadie, casi nadie se mete a «discutir» con la serena predisposición a aceptar que su contrincante le pueda «convencer», ni siquiera en un detalle subalterno. En los niveles a que me refiero, la «discusión» propende al proselitismo, a la porfía cerril, al apabullamiento verbal.

En el fondo, «discutir» es alegar «argumentos». Más o menos, el paralelo forense sería últimamente válido como comparación: los abogados «arguyen», y un magistrado, aparte e imparcial, da la razón a quien la tiene. En las discusiones privadas, el enfrentamiento se agota en su propia intimidad. Pero cuando la discusión se instala ante un público cualquiera, los contendientes ya no aspiran a convencerse el uno al otro, sino —ambos— al auditorio: al juez que les presta atención. La consecuencia es que la posible «discusión» se convierte en

un ejercicio capcioso. No digo «de mala fe», aunque la «mala fe» nunca se ha de descartar. Lo peor de la «mala fe» es que, a menudo, toma la dramática forma de «buena fe». Siempre lo he dicho: los fanáticos, los ofuscados, las acémilas intelectuales, son personas de una «buena fe» granítica. De ellos se puede esperar lo peor.

Ignoro si ya se ha escrito alguna «sociología de la polémica», por ejemplo. Un observador objetivo tendría ahí una magnífica oportunidad de puntualizar actitudes y situaciones: de «desmitificar» la cháchara irruente de discursos, panfletos, informes, papeles de periódico o de cátedra, fervorines televisivos o radiofónicos, pancartas, en que estamos sumidos. Yo he asistido —anciano que es uno— a muchos espectáculos de este tipo, a pesar de que el tiempo y el lugar que me tocaron en suerte han sido abrumadoramente afligidos por el espectro de lo «indiscutible». Y alguna que otra vez, sin pretenderlo, me he visto involucrado en «discusiones» desapaquibles desde diarios y revistas, desde la misma televisión, y con escasas o nulas posibilidades de poder replicar. Naturalmente, cuando una de las partes no tiene la opción de contestar, no hay «discusión»: todo se reduce a recibir el vómito del otro, y paciencia... El caso es que, a fuerza de experimentarlo, el trámite se me revela con su descarnada miseria.

Si aspirar a una catalogación rigurosa, y mucho menos exhaustiva, me atrevo a subrayar algunos casos alucinantes de comportamiento «dialéctico» literalmente indecoroso. Y valgan por lo que valen.

1) Abunda el individuo que simula no «haber oído» lo que dice su interlocutor. El debate no llega a serlo: la incoherencia de lo que se dice por cada lado es tan divertida, que el espectador acaba por perder el respeto a la hipotética institución del «diálogo».

2) Tergiversar las palabras del contrario es otro truco frecuente. O atribuirle intenciones que no tuvo. E incluso afirmaciones que nunca hizo. «Inventar el maniqueo» debe de ser tan antiguo como el ir a pie.

3) El sistema Charles Maurras. Ha sido denunciado debidamente. Consiste en describir una situación de hecho cuya certeza ni el mismo polemista osa afirmar. El esquema es éste: «Quizá lo que apunto no ha ocurrido; pero no por eso deja de probar que...». El hecho «no ha ocurrido», y sin embargo, es aducido como «prueba». La trampa todavía es mayor cuando ni se incurre en la ingenua elocución de Maurras, y se da como «dato» irrecusable algo que pertenece —estadísticas, peripecias— al reino de la fantasía.

4) Más, y más torvos, son los que hacen de su ignorancia un argumento. Lo que ellos ignoran —y a veces, lo que deciden ignorar— no existe. Y como «no existe», el rastro de silogismos que nos endilgan, de una fluencia preciosa, es falso desde su origen. Este es uno de los más tristes defectos de la «alta discusión» celtibérica, y más concretamente carpeto-vetónica. La bonita e ingeniosa literatura sobre el «problema de España» que fabricaron plumas tan ilustres como las de Unamuno, Azorín, Ortega, y que prolongan sus epígonos, se resiente de eso: de unas muy concretas ignorancias.

5) ...

La lista podría duplicarse. Bastan estos botones de muestra.

No quisiera que el lector entienda que, por tanto, «toda discusión es inútil». Al contrario. Tendríamos que discutir más, porque, o discutimos, o el vacío. Sólo que conviene que no nos sorprendan con argucias y zancadillas. Nuestra obligación es no chuparnos el dedo...

Joan FUSTER

oriflama

revista de la joventut

Acaba d'aparèixer el número extraordinari d'ORIFLAMA de Sant Jordi-Festa del Llibre corresponent al mes d'abril. Del seu sumari destaquen:

● **Catalunya, ara. Taula rodona sobre la situació i la problemàtica de la nostra terra**

Una visió de la Catalunya contemporània a través de persones i actituds ben representatives.

● **La generació de l'exili: Mercè Rodoreda, Riera Llorca, Artis Gener**

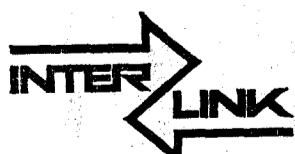
Amb una nota introductòria de Domènec Guansé.

● **Els autors catalans, de 1971 a 1972**

Repàs a la producció literària d'un any.

● **Angela Davis, consultoris femenins, com muntar una colònia de vacances, deu anys de Raimon i de la gent que l'escolta**

entre altres treballs i les seccions fixes habituals.



Moderno programa de estudios en seis grados de instrucción según método audio-visual, los últimos medios de enseñanza, laboratorio lingüístico.

INTERLINK SCHOOL OF ENGLISH

Bournemouth Cursos intensivos de 3-50 semanas de duración. Cursos nuevos se inician cada mes. Cursos especiales de verano de 2-6 semanas, junio hasta agosto. **Londres** Cursos intensivos de 2-6 semanas, julio y agosto.

Informes, consultas e inscripción: Sr B. Tanner, Calle Gerona 174, s. át. 1a, Barcelona 9, Teléfono 257 39 45 (20.00-22.00 h), 6. INTERLINK School of English, 126 Richmond Park Road, Bournemouth BH8 8TH, Inglaterra, Tel. 20983, Telex 41416



En el stand Pirelli del Salón del Automóvil de Barcelona se exhibe el Lancia Fulvia HF que, equipado con Cinturato, venció en el pasado Rallye de Montecarlo. En la fotografía, Munari y Mannucci rodeados de aficionados, en los momentos que siguieron a su triunfo. En las salas de proyección del Palacio de las Naciones, Pirelli brinda a los aficionados un interesantísimo pase de documentales sobre la preparación y desarrollo de los rallyes, último Rallye de Montecarlo y pruebas en pista y en carretera de sus neumáticos.